

7. Hombre y sociedad en la poesía de Leopoldo de Luis

«El extraño»

El primer libro de Leopoldo de Luis, **Alba del hijo**, se publicó en 1946. Desde aquel trémulo canto inicial hasta hoy la poesía de Leopoldo de Luis ha ido creciendo en densidad humana y en madurez formal. Un tema trascendente, el dolor del hombre en la tierra, su indefensión ante la crueldad de nuestro tiempo —el hombre es visto como «huésped de un tiempo sombrío», título de uno de sus libros—, tiñe de pesarosa y doliente luz, de contenida tristeza, casi toda la obra de este poeta nacido en Córdoba, pero que tiene más de castellano grave que de andaluz nostálgico o luminoso. En la poesía de Leopoldo de Luis el destino es casi siempre cruel y sombrío. Así, en los poemas de su libro **El extraño**¹ —el «extraño» es el hombre, que vive en esta tierra desterrado del paraíso que anhela— laten toda la amargura y el dolor humanos. La sombra —elemento que aparece reiteradamente en la poesía de Leopoldo de Luis, pero con signo amenazador, muy distinto que en Bécquer y en Machado— es siempre lento peso que oprime o presagio de muerte. Este destino

¹ Colección "Agora", Madrid 1955.

sombrío del hombre —que no niega la dicha, pero la pierde apenas alcanzada— pocas puertas deja a la esperanza y a la alegría. Sobre todo si el hombre vive con los ojos abiertos y despiertos: la luz es entonces áspera, hiriente, las nubes amenazadoras, las miradas hostiles. Sólo el sueño —que inspira uno de los mejores poemas de **El extraño**— acaricia al hombre con su dedo de seda y de olvido. También Dios es a veces azul esperanza, aunque otras, las más, contemple indiferente o severo la soledad herida del hombre: su dura patria de espinas.

En este sombrío panorama que evoca Leopoldo de Luis en **El extraño**, sólo un poema amoroso, «La pareja», y un poema al hijo muestran que el corazón aun amenazado y herido puede amar y que la ternura por el fruto del hombre, el hijo, es fuente siempre de serenidad esperanzadora. Pero acaso uno de los más bellos poemas del volumen, por su transparencia y su serena hermosura, sea el titulado «La señal», en el que, aunque la mirada del hombre esté sellada por «la roja azucena de la muerte», en su piel y en sus ojos se reflejan «los tranquilos campos de Dios», «la limpia hermosura de la tierra».

En éste y en la mayoría de las piezas de **El extraño**, Leopoldo de Luis sigue fiel a un tipo de poema que siempre cultivó: el de cuartetos endecasílabos con rima alterna, rota raramente esta forma simétrica por la gracia aislada de un heptasílabo o eneasílabo que interrumpe la monotonía de los endecasílabos, tal como suele hacer a veces Antonio Machado en sus poemas asonantados. La predilección por los endecasílabos rimados en armoniosos cuartetos, contribuye quizá a dar la sensación de noble retórica —que yo llamaría neorromántica— con que se leen estos poemas de Leopoldo de Luis. A un nuevo pesimismo y fatalismo humanos —nuevo romanticismo al que el poeta se entrega generoso— corresponde también una nueva retórica, que en parte hereda Leopoldo de Luis, según creo entender, de Miguel Hernández, y que se ajusta con indudable perfección técnica al hueso dolorosísimo del poema.

Esta nueva retórica de cuño neorromántico puede advertirse, por ejemplo, entre otros poemas de **El extraño**, en el titulado «La libertad», que, con algunos cambios, porque el gusto y la adjetivación poéticas son hoy otros, podría estar firmado por Espronceda, el más auténtico de nuestros primeros románticos.

El extraño termina con un recio y fuerte poema, «El Patrimonio», en que el poeta canta la solidaridad con la tierra e incluso con el destino de destierro a que el hombre se ve condenado:

Esta tierra violenta, este destierro,
los defiendo con uñas y con dientes.
Con rojo llanto y negro escalofrío
lo ganaron mis gentes.

Pero el poeta, mientras su corazón sueña y arde, lleva «la luz futura consigo». Con ella pisa la tierra que es su edén y su cárcel:

Este es mi edén: la tierra que me gana.
La tierra que nos come poco a poco y nos gana.
La que vemos hermosa y azul bajo el verano,
y hermosa y triste vemos una blanca mañana.

Así la esperanza y la pena cumplen su destino en el corazón del hombre, en el que mezclan sin descanso luces y sombras, alas y espinas.

«Teatro Real»

Dos años después de **El extraño** publica Leopoldo de Luis un nuevo libro, titulado **Teatro real**², un libro maduro y sereno, con dos partes bien diferenciadas: la primera da título al libro: ese «teatro real» con que el poeta ha querido aludir a la comedia cotidiana, tantas veces dramática o irrisoria, que todos representamos cada día en nuestro íntimo o público escenario per-

² Colección "Adonais", Madrid 1957.

sonal. En esa representación, nos dice el poeta: «cada cual clama por su propia herida», todos gesticulamos absurdamente y nadie escucha a nadie. El monólogo de cada vida —un sueño acaso como el de Segismundo— se repite monótonamente, pues el camino de nuestra vida es:

Monótona escalera recorrida
absurdamente tramo a tramo.

La intención simbólica de esta parte del libro está plenamente lograda desde el primer poema, «La representación», con su escena gris y absurda en que el pobre actor llega incluso a temer que el director de escena haya incurrido en un tremendo error que explica el trágico desconcierto:

¿Quién gobierna esta escena, quién apunta?
El director habrá tenido un fallo.
¿Nadie dirige aquí, entre bastidores?
La luz, sólo la luz sigue alumbrando.

¿Tiene algún sentido, se pregunta el poeta, repetir como viejos y cansados actores la monótona comedia de la vida? Y se responde: acaso valdría la pena si lo-grásemos hacer la comedia más hermosa y humana, si de ella pudieran gozar todos. Y también:

vale la pena y vale la alegría
de saber que esta vez es sólo mía
la versión del humano y viejo drama.

Es decir, aunque la farsa sea dolorosa y monótona, tengamos al menos el orgullo y la consciencia de que nuestra interpretación es única y estrictamente personal y de que somos responsables de ella. Nuestro papel puede ser intercambiado, pero no nuestra actuación en el drama.

*

La segunda parte de **Teatro real** lleva el título de «Patria oscura», y no hay en ella, salvo en algún poema aislado, aquella intención simbólica a que me he referido. La oscuridad de esa patria que canta el poeta se ve denunciada con palabras directas y sobrias:

Hay una patria oscura, una hostil patria
a la que falta luz, como alegría
y pan al pobre faltan, como odio
y rencor sobran en la tierra ardida.

Lo que el poeta denuncia es la falta de un ámbito libre, de una esperanza que crezca en libertad para todos. Es un mundo con «la voz cautiva» y las manos «como ramas atadas en la sombra». Así acusa el poeta:

Alguien quiere cubrir de olvido y sombra
nuestra verdad y pone años de tedio,
echa palas de sórdido cansancio
como ceniza oscura por el sueño.

Una capa de triste indiferencia
va sepultando a la esperanza, un cerco
de soledad va ahogando a la alegría
y cava el desengaño un cementerio.

(“Bajo la sombra”)

Pero en otro poema, magnífico por cierto, «Una ventana», quiere salvar el poeta un resquicio para la esperanza, para un futuro soñado. Y termina diciendo:

Con las manos heridas, la ventana
soñamos construir, a la luz pura,
que nuestro hijo pueda abrir mañana
en esta ciega y hosca arquitectura.

En estos poemas de «Patria oscura», como en los de la primera parte del libro, admiramos una dignidad de verso y una nobleza y sinceridad en la expresión que compensan cierta impresión de monotonía dada por el uso casi constante del cuarteto endecasilábico con rima alterna. Con materiales auténticos, con voz sincera y noble, ha edificado Leopoldo de Luis este **Teatro real**, acaso el libro más logrado de todos los suyos.

«Poesía 1946-1968»

Nacido en Córdoba en 1918 y perteneciente a la primera generación de posguerra, Leopoldo de Luis ha venido publicando año tras año, sin prisa pero sin pausa —según reza la divisa goethiana que adoptó Juan Ramón— libro tras libro de poesía. Catorce libros poéticos en veinte años —años nada fáciles para el poeta— atestiguan una intensa labor lírica y una vocación sostenida e incansable que suscitan nuestra admiración. Este libro, **Poesía 1946-1968**, que ha sido editado por Plaza y Janés³—con un bello encuentro de Aleixandre y un magnífico prólogo de Garcíasol— contiene muestras abundantes de cada uno de esos libros, doce de los cuales ya fueron publicados. No se trata, pues, de unas poesías completas, pero el autor no lo llama tampoco una antología sino «una síntesis, relativamente amplia, de la labor de veinte años». En todo caso, si aceptamos considerar el volumen como una antología, habrá que reconocer que es una antología bastante nutrida, especialmente en lo que afecta a los tres últimos libros del poeta, que el autor confiesa en nota inicial son sus preferidos: **Teatro real**, **Juego limpio** y **La luz a nuestro lado**. Leopoldo de Luis se ha antologizado a sí mismo —siempre tienen interés las antologías hechas por los propios autores, aunque alguna vez puedan equivocarse—, y para mí es evidente que ha acertado a escoger lo más granado y representativo de su obra. El lector que quiera tener una idea bastante completa de la poesía de Leopoldo de Luis, de sus características y rasgos fundamentales, podrá lograrlo recorriendo las páginas de este volumen, que le permitirán seguir la evolución de esa poesía, desde el primer libro, **Alba del hijo**, aparecido en 1946, hasta los últimos aún inéditos.

Muy pronto asoma en Leopoldo de Luis el gran tema que va a dominar en su obra: el dolor del hombre en la

³ Colección "Selecciones de Poesía Española", Barcelona 1968.

tierra, su impotencia para vencer a las fuerzas oscuras que amenazan su vida y su libertad. Ese tema, que sitúa la poesía de Leopoldo de Luis en una corriente de lírica existencial que irrumpe, y no sólo en España, en aquellos años de posguerra, aparece ya como tema central del segundo libro del poeta, **Huésped de un tiempo sombrío** (1948). El título es ya una acusación contra el mundo —el vivido por el poeta— que no ahorra al hombre ni injusticias ni crueldades, le arrebató la libertad y le cerca de sombras y de muros. Como en Antonio Machado, y antes en Bécquer, el tema de la sombra es frecuente en la poesía de Leopoldo de Luis. Lo oscuro, lo sombrío, el otoño, el ocaso, son, más que aspectos de un paisaje o de una estación del año, símbolos de un mundo cruel que pesa sobre el hombre y le asedia implacable. ¿Hay en la raíz de ese mundo que ensombrece la poesía de Leopoldo de Luis una experiencia dramática que arranca de la guerra civil —o de la posguerra—, o es sólo una actitud que el poeta hereda de los románticos, para quienes el mundo es sólo injusticia y dolor, sufrimiento y desengaño? Quizá ambas cosas. En algunos momentos, la poesía de Leopoldo de Luis me recuerda poemas de Cienfuegos y de Espronceda: sombras y penas, crueldades y tristezas dominan el mundo, y el hombre es impotente para vencerlas. Se trata de un cuadro, como el romántico, siempre pesimista, pero enriquecido por los rasgos y fórmulas del simbolismo, tan frecuentes ya en la poesía de Antonio Machado. Véanse, por ejemplo, estos versos finales de un poema de **Huésped de un tiempo sombrío**, el titulado «Bosque en ocaso»:

Furiosos vientos de odio y de amargura
las doblegadas ramas nos azotan.
En el paisaje oscuro, desolado,
lejanos gritos se acongojan.

Voces en soledad, en esta diaria
soledad fría y cósmica.
Ancestrales gemidos de gargantas humanas
o sollozos del viento en nuestras frondas.

El árbol azotado es aquí símbolo del hombre angustiado y amenazado, y nos recuerda los poemas de Machado en que la naturaleza desolada simboliza la angustia y la tristeza de su alma, concretamente el poema LXXX («Campo»), con su «árbol roto en el camino blanco» que parece simbolizar la soledad herida del poeta. Claro es que en estos poemas machadianos simbolistas, la angustia simbolizada en el árbol roto o en la tarde que muere tiene en su raíz un sentimiento de soledad o de falta de un amor, mientras que en los poemas de Leopoldo de Luis la angustia casi siempre obedece a causas concretas. No se trata sólo en ellos de angustia existencial, sino, sobre todo, de una dolorosa situación del hombre amenazado por la crueldad y la injusticia de un determinado tiempo histórico, en un contexto social fácil de identificar. O quizá uno y otro sentimiento doloroso se funden en uno solo.

A partir de **Huésped de un tiempo sombrío** (1948), la obra de Leopoldo de Luis se va enriqueciendo cada año con un nuevo libro: **Los imposibles pájaros** en 1949, **Los horizontes** en 1951, **Elegía en otoño** en 1952, **El árbol y otros poemas** en 1954, año en que aparece también **El padre**, que contiene uno de los mejores sonetos que ha escrito Leopoldo de Luis, el titulado «Muerto mío». De 1955 es **El extraño**, bien representado en **Poesía 1946-1968** con algunos estupendos poemas, como «La señal» y «El patrimonio». **El extraño** es el hombre que vive en este mundo como un desterrado, soportando dolor y angustia, pesadumbre y muerte. En algún momento la vena serena y noble del poeta se encrespa y enfurece, y escuchamos su dura protesta contra un mundo cruel y sombrío que no tiene piedad para el hombre, y sólo le reserva, al final de su doloroso camino, «la roja azucena de la muerte». En **Teatro real**, que publica la colección Adonais» en 1957, el poeta cambia de tono y renunciando al acento grave y dolorido de sus libros anteriores, nos da una visión cáustica y fríamente amarga de la comedia que el hombre representa en este mundo. La vida es representación, pero esa representación, en la que todos somos actores y espectadores al

mismo tiempo, ofrece graves fallos, quizá porque falta un director de escena justo y humano.

Los poemas de **Patria oscura**, segunda parte del libro, son ya poesía testimonial, poesía de denuncia, a cuya corriente ha contribuido Leopoldo de Luis con varios libros suyos de indudable valor y de acento muy personal, y con una excelente antología (**Poesía social**, Alfaguara 1965), en la que ha tenido la elegancia de no incluirse, a pesar de la importancia de su aporte personal a esa corriente poética, tan en boga en España en los últimos quince años. Entre esos libros hay que destacar **Juego limpio** (1961), del que el propio Leopoldo de Luis ha incluido 25 poemas en su **Poesía 1946-1963**, siendo el más ampliamente representado de todos sus libros. Ya en el poema inicial, «Con los míos estoy», nos confiesa el poeta las motivaciones éticas de este **Juego limpio**, su propósito de decir la verdad, de denunciar, aunque su denuncia moleste:

No me resigno a que las cosas vayan
por la tierra peor que por el cielo.
Para cumplir con mi verdad escribo.
(Perdón si soy molesto).

Poemas como «Metro estrecho», «El fusilado», «Buscando el alba», o los que cantan la materia y el ámbito del obrero —«Los metales», «La mina», «La fragua», «El hierro», etc.—, son buen ejemplo de auténtica poesía social, es decir de aquella que supone un doble compromiso con la verdad y con la poesía, con la ética y con la estética. Los temas sociales —y **Juego limpio** es su mejor ejemplo— tienen en la poesía de Leopoldo de Luis un tratamiento cuidadoso de la forma, nunca un cauce descuidado y mostrenco. Bastaría citar los sonetos de ese libro —«Mina oscura» o los dos estupendos de «Buscando el alba»— para demostrarlo. Con la misma nobleza y verdad algunos poetas prerrománticos de fines del XVIII —Cienfuegos especialmente— alzaron su voz contra la injusticia y las desigualdades sociales, y exaltaron —como Cienfuegos en su «Oda a un carpintero llamado Alfonso»— el trabajo del obrero (también

Leopoldo de Luis escribe un poema a un carpintero en **Teatro real**).

Otro excelente libro, que sigue a **Juego limpio**, es **La luz a nuestro lado** (1964). En él se continúa la veta de intención social, en poemas como «La humillación», «Patria, mujer», «Arma secreta» y «Entra de nuevo un tren». Aunque no de los más logrados de este libro, quiero señalar, sin embargo, otro de sus poemas sociales, «Renuncio a la luna», que en su final refleja una actitud moral que muchos compartimos:

Mientras exista un niño sin pan y sin sonrisa
yo renuncio a la luna.

Conquistemos primero la justicia y la libertad para la tierra, mucho más necesarias que la conquista de la luna.

Poesía 1946-1968, se completa con una muestra breve de tres libros aún inéditos de Leopoldo de Luis: **Correo español**, **Con los cinco sentidos** y **Reformatorio de adultos**. La calidad de estos libros, su autenticidad de testimonio poético, no desmerece, a juzgar por esas muestras, de los anteriores del autor, que hemos comentado en rápida ojeada. Y el cuidado de la forma —con predilección por los poemas en cuartetas rimadas de endecasílabos alejandrinos— se mantiene en estos últimos libros con el mismo rigor que en los primeros. Un rasgo formal que Leopoldo de Luis hereda de Machado —y éste a su vez quizá tomó de Rubén—, la ruptura del ritmo endecasilábico por un heptasílabo o un eneasílabo aislado, se mantiene también a todo lo largo de su obra. Son probablemente Antonio Machado y Miguel Hernández los poetas que más huella dejan en Leopoldo de Luis, sobre todo al comienzo de su poesía. Hay una afinidad espiritual entre la actitud hacia el mundo de esta poesía de Leopoldo de Luis y la que observamos en muchos poemas de Machado y en los últimos, dramáticos poemas de Miguel Hernández. Me refiero a la oscilación entre la esperanza y la desesperanza, entre la luz y la sombra. La visión dolorosa y pesimista de un

mundo sombrío deja en ellos siempre un resquicio a la esperanza. Ya cité antes el poema «Una ventana», del libro **Teatro real**, que nos da una visión simbólica de aquella actitud espiritual y nos recuerda también la cita final de «Clamor» de Jorge Guillén, tomada de un poema de Salinas:

Mientras haya
alguna ventana abierta.